



José Antonio Sabio Pinilla (2009). *La traducción en la época ilustrada (Panorámicas de la traducción en el siglo XVIII)*. Granada: Editorial Comares, 249pp.

Reseña por Martha Pulido

mpulido@quimbaya.udea.edu.co

Universidad de Antioquia

La compilación de artículos de José Antonio Sabio Pinilla (2009) en el libro *La traducción en la época ilustrada*, presenta un recorrido por el siglo XVIII en seis países europeos en su relación con la traducción. La traducción en Alemania es presentada por Miguel Ángel Vega; en España, por Carmen Alberdi Urquizu y Natalia Arregui Barragán; en Gran Bretaña, por Fruela Fernández; en Italia, por Mónica García Aguilar y José Abad, y así, José Antonio Sabio Pinilla en Portugal. Cada artículo tiene su estilo propio y expone características particulares de los contextos históricos y culturales correspondientes a cada lengua y a su respectivo país, con el objetivo específico de describir y analizar la forma como las traducciones fueron recibidas, de qué lenguas particulares y de qué países provienen las obras originales que se traducen, qué estrategia traductiva prevalece en uno u otro país, qué tipo de pensamiento promueven dichas traducciones, cómo impactan en las diferentes sociedades, cómo se resuelven los asuntos de censura. Todo esto para hacer énfasis en el gran esfuerzo de los traductores y en el aporte que hace la historia de la traducción para lograr hacer visible este trabajo. Esta compilación referida específicamente al siglo XVIII europeo sitúa la traducción en el centro de las prácticas discursivas que participan en la consolidación de las historias culturales.

La Alemania del siglo XVIII ve la intensificación de los viajes, la emergencia de las bibliotecas y de las universidades, lo que permitirá el alejamiento de la influencia francesa que tuvieron las letras en el siglo anterior; esto afectará tanto la práctica de la traducción como la creación literaria y contribuirá a la formación humanística y científica. Los traductores de esa época, nos dice Miguel Ángel Vega, no tienen que luchar por visibilidad, son eruditos e intelectuales reconocidos, cuyo trabajo de difusión de obras extranjeras transformará la cultura alemana. La transformación se verá reflejada, por un lado, porque mengua el entusiasmo por la traducción de los clásicos, en beneficio de la traducción de obras modernas, en su mayoría del francés; por otro lado, las traducciones de la obra de Shakespeare irán introduciendo nuevas tendencias estéticas y literarias, y en consecuencia, traductoras. También la Alemania del siglo XVIII recibe influencia española gracias a traducciones de obras como la de Calderón y la de Lope de Vega. Todo este movimiento de transformación redundará en la consolidación de una teoría de la traducción, que le permitirá a Goethe plantear

el concepto de *Weltliteratur*, “literatura mundial”, tan propio de los asuntos interculturales sobre los que discutimos hoy cuando hablamos de traducción.

La actividad traductora en la España del siglo XVIII fue bastante intensa, como lo muestran en su artículo María Jesús García Garrosa y Francisco Lafarga, y da cuenta de la relación de la traducción con la historia cultural y con la historia social. En lo que se refiere a las tendencias traductoras, este período sigue marcado por los conceptos controvertidos y binómicos de fidelidad y libertad. Se pretendía que para los textos religiosos la fidelidad fuera absoluta. Sin embargo, el traductor no deja de intervenir suprimiendo, corrigiendo, omitiendo y muchas veces expandiendo. Como en el caso de Alemania, la cultura francesa ejerce una influencia considerable, y bajo esta influencia, se fue construyendo la figura del traductor y de la traductora, pues las mujeres también participaron en esta actividad, traduciendo, particularmente, obras de carácter educativo. La traducción de obras de teatro fue muy intensa -casi toda la obra de Molière se traduce y se representa- y planteaba problemas, como en el caso de la poesía, sobre si se mantenían los versos originales o si se utilizaba la prosa. Se hicieron también traducciones científicas como diccionarios y enciclopedias, que exigían la introducción de neologismos. El traductor se iba perfilando en tanto que pedagogo que prestaba un servicio a la sociedad al difundir grandes obras producidas en otras lenguas y en otros contextos geográficos. El debate sobre la manera de traducir se daba con frecuencia en los periódicos y en general se criticaba duramente a los traductores, provocando el desprestigio de esta actividad. Sobre la traducción indirecta no hubo gran discusión; mucha de la literatura que se tradujo del inglés se hizo a través del francés, como el caso de *Los viajes de Gulliver* o de *Tom Jones*. Hoy la traducción indirecta es inadmisibles para los teóricos tradicionalistas, pero necesaria para los teóricos postmodernos.

La traducción de filosofía, teatro, novela, y de textos de carácter científico, en el siglo XVIII en Francia, permite dar a conocer y apreciar escritores extranjeros, que influenciarán el pensamiento francés. Carmen Alberdi Urquizu y Natalia Arregui Barragán hacen énfasis en el hecho de la traducción de novelas inglesas y alemanas y llaman la atención sobre el fenómeno de la pseudotraducción, dado el alto número de traducciones de carácter anónimo, en las que con frecuencia, el autor se esconde bajo la figura del traductor. Se traduce del inglés al francés relato histórico, literatura de viajes, novela realista, novela sentimental y novela gótica; de esta última, Ann Radcliffe es una importante representante, bastante leída en Francia. En cuanto a las traducciones del alemán, estas tienen que esperar casi hasta mediados de siglo. En todo caso, se traduce a Lessing, se traducen las obras de Goethe, de Wieland, entre otras. Se traduce de otras culturas europeas menos influyentes hasta entonces, por ejemplo de los países escandinavos. Aparece la traducción de Galland al francés de *Las mil y una noches*. La manera de traducir en esta época sigue las tendencias marcadas por *las bellas infieles*, caracterizadas por el deseo de agradar al lector francés, con las consecuentes omisiones y manipulaciones. A pesar de esto, el concepto de fidelidad sigue siendo

central en la discusión sobre la manera de traducir, en la que se plantea también el delicado tema del estilo.

Fruela Fernández divide el capítulo “La traducción en Gran Bretaña durante el siglo XVIII” en tres apartados. En el primero contextualiza la Gran Bretaña del siglo XVIII, en lo que se refiere a la transformación social y artística, al surgimiento de la esfera pública y a las consecuencias en lo político, en lo económico y en lo estético. En el segundo apartado, Alexander Pope es presentado como el poeta y traductor de la escena cultural, de una época que empezaba a diferenciar entre el traductor que era a la vez autor y el traductor profesional. Se discute aquí la labor de los editores, que revistió gran importancia en la difusión y publicación de obras originales y traducciones; estos cumplían también la función de educar a los lectores y de hacer exitosa la recepción de las obras, recepción asegurada dada la tendencia prevaleciente, que seguía siendo la de las *bellas infieles*. En cuanto a planteamientos teóricos sobre la traducción, se resalta el ensayo pionero de Tytler (1791) sobre los principios de la traducción, uno de cuyos preceptos, la defensa de la fluidez, caracterizó a los traductores neoclásicos. En el tercer apartado, y a manera de conclusión, Fruela Fernández resume el siglo XVIII como el siglo de la “consciencia histórica” de la que habla Nietzsche en lo que se refiere a la traducción, que en palabras de la autora es “específicamente romana”. Seguramente se trata de un error, pues en el aforismo 83 de la *Gaya ciencia*, Nietzsche insiste precisamente en la falta de conciencia histórica de los romanos, como ella misma lo añade en la nota de pie de página. Me permito señalarlo dado el rigor con el que el artículo ha sido escrito, y que este desliz vendría a debilitar.

A pesar de la situación de estancamiento que vivía la Italia del siglo XVIII, la actividad traductora en este período es considerable. Mónica García Aguilar y José Abad señalan el caso de las filosofías inglesa y francesa que se introducen en Italia, a través de traducciones publicadas con frecuencia en periódicos; la correspondencia intercambiada entre los intelectuales cumple la función de difusora del conocimiento, de los nuevos autores y de las nuevas ideas que mueven a Europa. En el nivel de la reflexión traductológica, los debates se daban fundamentalmente alrededor de tendencias traductivas como la arcaización o la modernización de las obras y alrededor de conceptos como fidelidad e infidelidad. La influencia francesa en Italia era fuerte, llegando a desbordar a los editores. La poesía francesa era traducida en menor medida, pero la novela, el teatro y la filosofía franceses gozaban de un público lector amplio, siendo Voltaire uno de los autores más traducidos. Como era el caso de otras lenguas europeas, las traducciones de obras inglesas, se daban con frecuencia a través del francés, precisamente gracias a Voltaire, que era un gran conocedor de la cultura inglesa; sin embargo, la fuerza del teatro francés hacía que las obras inglesas fueran menos representadas, aún menos, obras alemanas y españolas.

El capítulo sobre la traducción en Portugal cierra el libro. A pesar de los conocimientos nuevos que se logran introducir en Portugal, como labor de los diplomáticos, el fuerte poder que ejercen las instituciones religiosas mantiene la cultura lusófona en un grado

de estancamiento considerable, nos dice José Antonio Sabio Pinilla. Como en otros países europeos, la cultura francesa ejerce gran influencia gracias a las traducciones de obras canónicas como *L'Art Poétique* de Boileau, entre otras. Las traducciones, adaptaciones y reescrituras de la tragedia clásica francesa, de la comedia italiana y española, irán propiciando transformaciones en el gusto teatral. Particularmente Molière y Voltaire se convertirán en los modelos para la dramaturgia portuguesa, cuyos autores y traductores saltaban obstáculos para evadir la censura y llegar hasta el público, que encontraba reflejada en estas representaciones ideas y actitudes que ellos mismos no podían manifestar. La traducción propicia también reformas en la enseñanza, y en su empeño de actualización se traducen obras médicas, científicas y filosóficas.

Los artículos son cuidadosos en las referencias que entregan al lector. Se ve reflejado un gran rigor investigativo que deja claro que el dinamismo cultural es mucho más intenso y más enriquecedor en la diversidad: franceses traduciendo ingleses, alemanes, españoles y portugueses; alemanes traduciendo franceses y españoles, en fin, europeos traduciéndose unos a otros. Este es el panorama que presenta el siglo XVIII, un panorama verdaderamente intercultural. Como lectores, lamentamos que, por ejemplo, en el caso del capítulo sobre la traducción en Gran Bretaña, las citas en inglés no hubieran estado acompañadas de la traducción al español. Sorprende, además, que ninguno de los autores haya incluido en sus referencias una obra fundacional en el campo de la investigación de la historia de la traducción: *Los traductores en la historia*.